



## CAPÍTULO 2

*Todos los días, mientras Mago y Carlos estaban* en la escuela, me quedaba parada junto a la cerca mirando el camino de tierra en donde mamá había desaparecido, deseando verla regresar.

—Ve adentro, nena —me dijo Mago cuando llegó junto con Carlos de la escuela. Me acompañó hacia dentro de la casa, en donde pasamos el resto de la tarde encargándonos solamente de los quehaceres del hogar.

—No se quedarán aquí gratis —nos había dicho la abuela Evila ni bien la puerta se cerró detrás de nosotros la mañana en que mami se marchó. Y ahora sabía lo que había querido decir.

Habían pasado dos semanas y todos en el vecindario sabían que nuestra madre se había ido. No podíamos ir a ningún lado sin que la gente nos mirara con lástima. Un día, Mago y yo pasamos frente a la casa del panadero cuando nos dirigíamos hacia la fábrica de tortillas, y la esposa

del panadero nos miró y le dijo a su esposo: “Míralos, pobrecitos los pequeños huérfanos”.

–¡No somos huérfanos! –le grité. Tomé una roca para arrojársela, pero me detuve al comprender que mamá estaría muy decepcionada si yo hacía eso. Por lo que dejé que simplemente se cayera al suelo.

Sin embargo, la esposa del panadero había visto la mirada en mis ojos. Sabía lo que yo había estado a punto de hacer.

–¡Qué vergüenza, niña! –me regañó–. Desearía que la tierra me tragara por completo si tuviera una hija como tú.

–Oh, no seas tan dura con la niña –le dijo el panadero–. Es algo muy triste no tener a tus padres.

Se subió a su bicicleta y se marchó para realizar la entrega del pan. Lo observé hasta que dobló en la esquina, me quedé completamente hipnotizada por cómo maniobraba la bicicleta entre las rocas sobre el camino de tierra sin perder el equilibrio y sin dejar caer todo el pan de la enorme canasta que llevaba en la cabeza.

–Si tu madre alguna vez regresa, seguro le comentaré sobre tu comportamiento –dijo la esposa del panadero, señalándome con un dedo. Regresó a la casa y cerró la puerta de un golpe.

–No puedo creerlo –dijo Mago, sacudiéndome con la canasta para las tortillas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

–¡Pero no somos huérfanos!

Estaba demasiado enojada como para hablarme. Me sostuvo fuerte por la muñeca y me apresuró a que siguiera adelante hacia la

fábrica de tortillas. Me tropecé con una roca y me hubiera caído de no ser por Mago, que me sostenía del brazo. Aminoró la marcha y comenzó a ejercer menos presión sobre mi muñeca.

—No quiero que la gente sienta lástima de nosotros —le comenté.

De pronto, se detuvo y se llevó una mano hacia las cicatrices en su rostro, que habían sido causadas por un accidente que había tenido cuando era más chica. Tenía una en la mejilla, en el párpado y otra en el tabique de su nariz. La gente siempre sentía lástima por Mago, debido a las heridas, y ella lo odiaba.

—Lamento haberte golpeado, nena —me dijo. Al escuchar que me había dicho *baby*, la perdoné de inmediato.



Cuando regresamos de la fábrica de tortillas, mi prima Élide estaba esperando junto a la cerca, preguntando por qué habíamos tardado tanto.

—¿No ven que tengo hambre? —Élide, de trece años, tenía un rostro regordete y circular, con grandes ojos saltones que se parecían a los de una rana. Pensé que, como todos estábamos en la misma situación (nuestros padres nos habían abandonado), podríamos ser amigas. Pero Élide no estaba interesada en ser nuestra amiga. Al igual que los vecinos, nos llamaba *pequeños huérfanos*, incluso cuando su madre también la había abandonado a ella. Los hermosos vestidos que la abuela

Evila le hacía para ella en su máquina de coser, y los tantos regalos que Élide recibía de su madre desde *el otro lado*, hacían que ella pasara de ser una pequeña huérfana a una nieta privilegiada. Era todo lo que nosotros no éramos.

Al verla, me puse furiosa de nuevo por haber sido llamada *huérfana*, por haber sido golpeada por Mago, por mi madre que me había abandonado, por mi padre que se la había llevado lejos.

—Tu cabello luce como la cola de un caballo —le dije.

—¡Estúpida huérfana! —me contestó, jalándome de mi coleta. La abuela Evila tomó las tortillas que llevaba Mago y no le dijo nada a Élide por jalarme del cabello.

Carlos, Mago y yo nos sentamos en dos escalones de concreto que se encontraban junto a la puerta que llevaba de la cocina a la habitación de mi abuela, dado que en la mesa solo cabían cuatro personas y esos asientos ya estaban ocupados. La abuela Evila le entregó una porción de cerdo a mi abuelo. Otra a Élide. La tercera a mi tía, la tía Emperatriz, y la última porción a sí misma. Para cuando la sartén llegó a nosotros, no tenía otra cosa más que aceite. Con una cuchara, tomó un poco del aceite y la vertió sobre nuestros frijoles.

—Para darles gusto —nos comentó.

*Si papi estuviera aquí, si mami estuviera aquí, no estaríamos comiendo aceite, pensé.*

—¿No queda nada de carne? —preguntó la tía Emperatriz.

La abuela Evila movió la cabeza en señal de negación.

—El poco dinero que me diste esta mañana no duró mucho en el

mercado –le explicó–. Y sus padres aún no me han enviado nada esta semana.

Mi tía miraba con detenimiento nuestros frijoles aceitosos. Tomó su monedero y le entregó una moneda a Mago para que fuera a comprar un refresco. Al rato, Mago regresó de la tienda con una Fanta. Le agradecemos a nuestra tía y tomamos de la botella por turnos, pero el dulce sabor a naranja no quitó por completo el aceite en nuestras bocas.

–¿Qué sentido tiene que estén en *el otro lado* si vamos a comer como vagabundos? –dijo Mago luego de la comida. Llevamos los platos sucios al lavabo de piedra y luego limpiamos la mesa y asecamos el suelo. Carlos sacó la basura hacia el patio trasero, para prenderle fuego con el resto de los residuos.

–¡Regina! –la abuela Evila llamó desde su habitación, en donde estaba arreglando su vestido–. ¡Regina, ven aquí!

Me tomó un momento comprender a quién estaba llamando ya que Regina no es mi nombre. Nací el 7 de septiembre, el día de santa Regina, y mi abuela eligió ese nombre el día de mi nacimiento. Mami no le hizo caso y me llamó *Reyna* en su lugar.

–¿Sí, abuela? –le dije mientras me acercaba a la puerta.

–Ve a la tienda de don Bartolo a comprarme una aguja –me pidió, entregándome una moneda–. Y date prisa.



Las dos hijas de don Bartolo se encontraban jugando a la rayuela en la puerta de la tienda. Cuando pasé a su lado, me señalaron y dijeron por lo bajo: “Mira, allí va la pequeña huérfana”. Esta vez, no lo pensé dos veces. No me importaba si todo el vecindario pensara que era una salvaje y una desgracia para mi familia. Les arrojé la moneda con todas mis fuerzas y golpeé a la niña más alta justo por encima de su ojo derecho. Gritó y entró a toda prisa a la tienda llamando a su papá. Corrí a casa tan rápido como pude, tras dejar la moneda en el suelo. Cuando la abuela Evila me pidió la aguja, no tuve otra opción más que decirle la verdad.

Entonces, llamó a Mago.

—Lleva a tu hermana para disculparse con don Bartolo y no regreses sin mi aguja.

Mago me sujetó por la mano y me arrastró afuera con fuerza.

—Ahora sí lo has logrado —me dijo.

—¡No debería haberme llamado *huérfana*! —me solté con fuerza de la mano de Mago y me quedé quieta. Me miró por un largo rato. Pensé que me iba a pegar, pero en cambio, me tomó por la mano de nuevo y me llevó en otra dirección.

—¿A dónde vamos? —le pregunté. No me respondió, pero ni bien doblamos en la esquina, la pequeña casa que alguna vez rentamos apareció a la vista. Nos paramos frente a ella. La ventana estaba abierta y podía oler a frijoles que se hervían en la cocina. Oí la voz de una mujer cantando a la par de la radio. Mago dijo que no sabía quiénes eran los nuevos inquilinos, pero siempre sería la casa en donde habíamos vivido con nuestros padres.

–Nadie puede quitar eso –agregó–. Sé que no recuerdas para nada a papi, pero sea lo que sea que recuerdes sobre mami y esta casa es tuyo para siempre.

La seguí hacia el canal al pie de la colina. Mami limpiaría los platos aquí.

–Aquí es donde mami te salvó la vida, nena. ¿Lo recuerdas? –me comentó Mago.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta. El año anterior, casi me ahogué en el canal. La temporada lluviosa lo había convertido en un río muy torrencioso y la corriente era muy rápida y fuerte. Mami me había pedido que me quedara sentada al lado suyo en las rocas que usaba para lavar, pero dejó que Mago y Carlos fueran a jugar al agua con los demás niños. Yo también quería ir, y por eso, cuando mami estaba ocupada enjabonando nuestra ropa con la vista en otro lado, salté al agua. La corriente me llevó río abajo. No podía hacer pie, pero mami me agarró justo a tiempo.

Regresamos a la casa de la abuela Evila, sin saber qué le íbamos a decir. Antes de entrar a la casa, Mago me llevó hacia el pequeño depósito hecho de cañas, palos y cartón cerca del patio. Dentro había grandes vasijas de cerámica, una enorme parrilla y algunas más vasijas y sartenes. Yo nací en ese cuartito. Este era el lugar en donde mami y papi vivían cuando se casaron.

Me senté junto a Mago en el suelo de tierra y me contó sobre el día en que había nacido de la misma manera en que mami solía hacerlo. Señaló un círculo de rocas y una pila de cenizas mientras me contaba que, durante mi nacimiento, un fuego había estado prendido en

ese lugar. Cuando nació, la partera me colocó sobre los brazos de mi madre, quien volteó hacia el fuego para mantenerme cálida. Mientras escuchaba a Mago, cerré los ojos y sentí el calor de las llamas a la par del latido del corazón de mami sobre mi oído.

Mago señaló un lugar en el suelo sucio y me recordó que mi cordón umbilical fue enterrado allí. *Así, mami le dijo a la partera, no importa hacia dónde la lleve la vida, nunca olvidará el lugar de donde proviene.*

Pero luego Mago tocó mi ombligo y dijo algo que mi madre nunca había dicho. Me dijo que mi cordón umbilical era como una cinta que me conectaba con mami.

—No importa que haya distancia entre nosotros ahora. Ese cordón estará allí por siempre.

Me llevé la mano al ombligo y pensé en lo que había dicho mi hermana. Tenía la fotografía de papi para mantenerme conectada con él. No tenía ninguna de mi madre, pero ahora mi hermana me había dado algo para poder recordarla.

—Todavía tenemos una madre y un padre —me dijo Mago—. No somos huérfanos, nena. El solo hecho de que no estén aquí con nosotros no significa que ya no tengamos padres. Ahora, ven, vamos a contarle a la abuela que no le conseguimos la aguja.

—Me golpeará —le dije mientras nos encaminábamos hacia la casa—. Y también lo hará contigo, aunque no tengas la culpa de nada.

—Ya lo sé —me contestó.

—Espera —le dije. Me marché corriendo cruzando la cerca antes de que el miedo se apoderase de mí. Corrí hacia la calle tan rápido como podía. Fuera de la tienda, las hijas de don Bartolo seguían



jugando. Me miraron con furia ni bien me vieron llegar. De pronto, mis pies ya no querían continuar caminando y me llevé un dedo hacia el ombligo.

–Lamento haberte golpeado con la moneda –le dije a la niña.

Volteó para mirar a su padre, quien había salido de la tienda y se encontraba parado junto a la puerta.

–Mi papi dice que tenemos suerte de que él trabaje en una tienda. Si no lo hiciera, tendría que marcharse hacia *el otro lado*. No quisiera que se fuera.

–Yo tampoco quería que mi mami se fuera –le comenté–. Pero ella volverá pronto. Al igual que mi papi.

Don Bartolo tomó de su bolsillo la moneda de mi abuela y me la entregó.

–Nunca creas que tus padres no te aman –me dijo–. Es justamente porque te aman demasiado por lo que se tuvieron que marchar.

Compré la aguja para la abuela Evila y, mientras caminaba de regreso a la casa, me decía a mí misma que quizás don Bartolo tenía razón. Tenía que seguir creyendo que mis padres se habían marchado porque me amaban demasiado y no porque no me querían lo suficiente.